

tan inmenso sacrificio tenia por único objeto la salvacion, sino de los sagrados derechos nacionales, que conocia serle imposible en aquellas circunstancias, si, á lo menos, de los caros intereses de la poblacion inerme que la municipalidad representaba:» que «compelida, pues, á este deber verdaderamente penoso, pero inescusable, y estimulada por la invitacion que el general á quien dirigia la palabra creyó conveniente hacerle desde Nopalucan para entrar, antes de acercarse demasiado á Puebla, en una conferencia con sus autoridades civiles, á fin de concertar con ellas las medidas mas conducentes á la seguridad de los intereses mencionados, no obstante haberse adoptado ya algunas de las mas análogas al caso presente; la municipalidad, sola autoridad política que habia quedado, y que contemplaba el estado indefenso de la ciudad, en virtud del anuncio del general Worth para ocuparla militarmente, habia acordado que la comision de su seno que tenia el honor de dirigirse á él, aceptase las garantías ofrecidas en los términos que iba á exponer.» Las proposiciones fueron que «mientras la capital de Puebla permaneciese ocupada por las tropas de los Estados-Unidos, respetarian estas inviolablemente la religion católica que la nacion profesaba, el culto público, la moral, las personas y propiedades de todos los habitantes; que las autoridades civiles locales, continuarian en el libre ejercicio de sus funciones con arreglo á las leyes del país: que en consecuencia, si el general de las mencionadas tropas creia que, á mas de las ya dictadas, eran necesarias otras medidas, especialmente para la conservacion del orden y tranquilidad pública, comunicara sus deseos

á las autoridades expresadas, segun su respectiva naturaleza, y sostendria las providencias que dictasen: que la custodia de las cárceles y oficinas encomendadas á la municipalidad, seguiria á cargo de la fuerza que la autoridad civil tenia destinada al efecto, y se componia de cien hombres del batallon de los libres juramentados en Veracruz, hasta que estos fuesen relevados por las fuerzas de los Estados-Unidos, permitiéndoles entonces retirarse con sus armas.»

1847. El general norte-americano se manifestó de acuerdo con las ideas de la comision, y convenido todo de la manera expresada, Worth se dirigió á Puebla, donde entró el 17 de Mayo al frente de cinco mil hombres de todas armas y veinticinco piezas de artilleria. Puebla es, en belleza é importancia, la segunda ciudad de la república mejicana, y cuenta con setenta y cinco mil habitantes. Distante solo veinte y ocho leguas de Méjico y sesenta y cinco de Veracruz, los invasores podian esperar en ella tranquilos, los recursos necesarios de su gobierno para avanzar sobre la capital en que residia el gobierno mejicano.

Desde la pérdida de la batalla de Cerro-Gordo, el presidente interino D. Pedro Maria Anaya, animado de los mas nobles sentimientos de patriotismo, meditaba el medio de debilitar ó desmembrar la fuerza del enemigo. Comprendiendo que pronto tomarian posesion de Puebla, buscó los medios de realizar un pensamiento que procuró que no saliese de las personas que tenian que intervenir en el asunto. El pensamiento consistia en atraer á las filas mejicanas tres mil irlandeses del ejército de Scott, que se com-

ponia, en su mayor parte, de irlandeses. Como católicos, parecía fácil ganar su voluntad, como se había ganado la de algunos centenares ya, que habiendo desertado de las filas norte-americanas, formaron en el ejército mejicano una compañía con el nombre de «Compañía de San Patricio.» El ministro de relaciones era el que dirigía aquel importante asunto, para cuya realizacion se contaban con todos los medios. La desercion de los tres mil irlandeses tenia todos los visos de probabilidad, y estaba dispuesta con todas las garantías que pudieran exigirse. Varias personas de brillante posicion de Puebla estaban comprometidas de la manera mas solemne á trabajar en aquel sentido, y aun se ofrecieron á hacer estallar una revolucion dentro de la ciudad, cuando se hallasen en ella los invasores, que pusiera á Scott en la precision de retirarse á Veracruz. Santa-Anna, á quien solo se le habia confiado parte del plan, debia, situándose cerca de Puebla, proteger la desercion proyectada, y cuando llegase el momento convenido, intentar un ataque sobre la ciudad. Con el fin de que el general Santa-Anna contase con la fuerza suficiente para manifestarse potente, pidió con instancia el presidente interino D. Pedro María Anaya, al general Alvarez, que se reuniese con sus tropas al general Santa-Anna en el camino de Puebla: el Estado de Querétaro,

1847. con un patriotismo que le honra, envió quinientos hombres equipados por su cuenta: D. Melchor Ocampo, gobernador de Morelia, envió un batallon de guardia nacional de gente escogida y apuesta, y Don Modesto Olaguibel debia llegar de un momento á otro á la capital con las fuerzas del Estado de Méjico. Santa-Anna que,

como he dicho, no tenia mas que una ligera idea del pensamiento del gobierno y que ignoraba, por lo mismo, el plan combinado, creyendo que lo urgente por entonces era preparar la capital para una defensa vigorosa y contenér á los que trabajaban por su caida, siguió su camino hácia Méjico y llegó con su division á Ayotla, distante siete leguas de la capital. El presidente interino Anaya veia, con la ida de Santa-Anna á la ciudad de Méjico, destruirse el plan concebido de la desercion proyectada. Varias personas de las que formaban el gabinete, comprendiendo que los rumores de revolucion habian impedido á Santa-Anna á dirigirse á la capital, salieron hácia Ayotla á conferenciar con él y asegurarle de la tranquilidad de Méjico. En el número de las personas que asistieron á esta entrevista se encontraban los Sres. Trigueros, Baranda, y D. Fernando Ramirez: en ella le hicieron conocer los motivos que habia tenido el gobierno en dar el mando de las tropas de San Luis Potosí al general Don Gabriel Valencia, lo difícil de una revolucion, y lo imposible que seria llevar á cabo el plan de la desercion de los tres mil irlandeses que el gobierno habia proyectado, si él y sus fuerzas entraban á Méjico. Pero á las razones expuestas por las personas indicadas, se sobrepusieron las palabras adulatoras de un individuo que tambien habia salido á verle; palabras que le presentaron como una intriga política todo lo que los otros habian dicho, y Santa-Anna manifestó, en consecuencia, que estaba resuelto á entrar en la capital y hacerse cargo de la presidencia.

1847. Las tropas reunidas por Santa-Anna en Orizaba llegaron á Méjico el 19 de Mayo, dos dias des-

pues de haber entrado Worth en Puebla. Muchos generales y personas que figuraban en la política salieron á recibir al general Santa-Anna que marchaba al frente de ellas. El pueblo, disimulándole la desgracia de Cerro-Gordo, y mirando el empeño y actividad que manifestaba en formar ejército para presentarse á combatir con los invasores, le recibió con demostraciones de júbilo, y las campanas y los cohetes se escuchaban por todas partes saludando á aquel hombre que se encontraba rodeado de prestigio cuando temió haberlo perdido para siempre. Al siguiente día 20 de Mayo, se celebró una junta de generales, presidida por Santa-Anna. En ella se trató de si se defendería ó no la capital. La junta, que empezó á las diez de la mañana, terminó á las tres y media de la tarde. En ella se resolvió que se formarían tres líneas de defensa, una apoyada en varias alturas á tres leguas de la capital, en el punto llamado el Peñon; la segunda mas inmediata, y la tercera en la capital misma. Se nombró al general D. Nicolás Bravo jefe de las fuerzas de Méjico; segundo suyo, al general Rincon; al general Valencia, jefe del ejército de San Luis, y al general Salas, su segundo. Tomada esta resolucion se empezó con toda actividad á poner en buen estado de defensa la capital; se artillaron perfectamente los fuertes; se levantaron nuevas fortificaciones; se construyeron muchos y excelentes cañones; se formó un ejército bastante numeroso, y se crearon recursos para atender á todo.

El 21 entró á desempeñar el ministerio de la guerra el general D. Lino Alcorta; el de justicia, D. José Ramon Pacheco; y el de relaciones el Sr. Baranda.

El mismo dia, deseando utilizar los servicios de todos los militares de alguna influencia y atraerse á la vez la amistad de ellos, dió orden para que se sobreyese en la causa instruida contra el general D. Mariano Arista por las acciones de guerra de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, á fin de que quedase expedito para ser empleado en la defensa de la capital. Pero Arista, por delicadeza, rehusó la gracia, deseando que el juicio purificase su conducta. A pesar de que el próximo peligro y el noble afan de vengar los descalabros hasta entonces sufridos habia unido á los mejicanos, no faltaban algunos que aun pretendian algun movimiento revolucionario. El gobierno que tenia aviso de ello, vigilaba sin descanso. Alguna parte de la prensa que se manifestaba adicta á un arreglo de paz, clamó contra la resolucion tomada en la junta de generales de defender la capital. Uno de los periódicos que mas se ensañó contra Santa-Anna por haber dispuesto la defensa de la plaza, fué *El Boletín de la Democracia*. «¿Debemos nosotros,» decia en su número de 27 de Mayo, «respetar algo de él?» Tambien *El Razonador* escribia en sentido favorable á un arreglo de paz; pero el *Monitor Republicano* y todos los demás periódicos, hacian ver en 1847. entusiastas y patrióticos artículos, que la resolucion tomada de defender la capital, era justa, necesaria, para mantener limpio el decoro y la honra de la nacion. El pueblo, el ejército, la guardia nacional, el país entero, en fin, preferia la guerra á una paz ignominiosa, y los trabajos para poner la ciudad en estado de defensa empezaron á hacerse con actividad. La toma de Méjico se hacia imposible al ver el entusiasmo que reinaba en sus ha-

bitantes. Méjico es una gran ciudad, de bellísimas y sólidas casas como palacios, con una poblacion de doscientos mil habitantes: la fuerza que reunia en ella Santa-Anna, unida á las que el general D. Juan Alvarez habia llevado del Sur, á las de Toluca y de Querétaro, á los cuerpos de la guardia nacional, ascendia á 16,000 hombres en aquellos momentos, provistos de todo lo necesario para presentarse al combate: Scott no contaba con mas de 10,000 hombres para sitiar la plaza; el honor militar, la honra del país exigia, pues, que no se abandonase la ciudad sin haber intentado defenderla. Santa-Anna recorria todos los puntos que se habian de fortificar, y se manifestaba casi seguro del buen éxito de la defensa. El dia 26 de Mayo nombró jefe de la caballería de la division del Norte al general Miñon que, como vimos, habia estado preso y sujeto á un juicio por la accion de la Angostura. Este nombramiento bastaria, por sí solo, á probar que Santa-Anna justificaba la conducta que el expresado general observó en aquella accion. Pero si con aquel paso se habia atraído la adhesion de los amigos del general Miñon, con otras órdenes dictadas dos dias despues contra los generales D. Mariano Arista y D. Juan Nepomuceno Almonte, se atrajo los enojos y el disgusto de los adictos á estos últimos. A las once de la noche del dia 29 de Mayo, una fuerza de caballería sacó de su casa á Don Mariano Arista que se hallaba acostado y un poco indispuerto, y le llevó preso. En la misma noche fué trasladado de la prision de Santiago á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, D. Juan Nepomuceno Almonte, sin decirles el motivo que para ello habia. El gobierno temia un revolu-

cion, y cometia aquellos actos que nunca hay razon para cometerlos sin pruebas que los justifiquen.

Como desde la batalla de Cerro-Gordo, y aun antes, habia un gran número de personas que manifestaban públicamente su deseo de que abandonase el poder el general Santa-Anna, éste, bien porque pretendiese librarse de aquella oposicion, bien por dar una prueba de desprendimiento, ó bien porque se encontrase fatigado de los asuntos politicos, presentó el dia 28 de Mayo, al congreso, una comunicacion renunciando la presidencia. El congreso, al recibirla, dispuso que el negocio pasase á una comision, y ésta, compuesta de los Sres. D. José María Lafragua, D. Luis de la Rosa y del Sr. Urquidi, presentó su dictámen tres dias despues para que no se admitiese la renuncia. El 2 de Junio volvió Santa-Anna á presentar otra renuncia, que tampoco le fué admitida; y el 18 tomaron posesion de los ministerios de relaciones exteriores y de justicia, D. Domingo Ibarra y D. Vicente Romero.

Mientras pasaban los hechos referidos y los habitantes de Méjico y la guarnicion esperaban con impaciencia la aproximacion del ejército de Scott para combatir contra él, las guerrillas de Veracruz y de los alrededores de Puebla, tenian en continuo movimiento á las fuerzas norteamericanas. Una de las expresadas guerrillas, la del padre Jarauta, atacó en San Vicente, el dia 3 de Junio, punto inmediato á la Antigua, una fuerza de los Estados-Unidos que conducia un convoy de barriles de aguardiente: la lucha fué reñida; pero los norteamericanos, despues de haber perdido cien hombres, se retiraron, dejando en poder del padre Jarauta el convoy.

1847. Otro hecho de armas se verificó pocos días despues, á la márgen del rio llamado del Calabozo, entre las cortas fuerzas que tenia á sus órdenes el general Don Francisco Garay, encargado, como dije en otro lugar, de la línea militar de Huejutla, desde la evacuacion de Tampico, y una columna norte-americana. Indicado dejó entonces el estado de escasez y de falta de recursos en que se hallaba el gobierno de Méjico para atender á la gente que defendia la expresada línea militar, situada allí con el plausible objeto de que vigilase los movimientos de los invasores apoderados de la plaza de Tampico, poniendo así á la Huasteca al abrigo de sus incursiones. En este estado de penuria se hallaba aquella corta seccion de tropa, cuando en Mayo de 1847 ordenó el gobierno de Méjico que se enviasen á aquel punto, doscientos prisioneros norte-americanos que se hallaban fuera de la capital. La custodia de los expresados prisioneros en un sitio próximo á la guarnicion de las tropas de los Estados- Unidos, era un peligro para sus custodios, puesto que los invasores podian enviar de Tampico una fuerza suficiente para salvarles. El general D. Francisco Garay comprendiendo este peligro, lo puso en conocimiento del gobierno, manifestando á la vez, con reflexiones juiciosas, que careciendo Huejutla de edificios adecuados para contener el número de prisioneros que se le enviaban, de los medios necesarios para atender á su subsistencia, y de la guarnicion suficiente para responder del buen éxito de un ataque, creia que seria mas acertado tenerles en la capital de Méjico. Pero las sólidas observaciones del general D. Francisco Garay no se tomaron en considera-

cion, y al ver que era preciso vigilar sobre los doscientos prisioneros, tomó todas las disposiciones que juzgó convenientes para hacer frente al peligro, en caso de que la guarnicion de Tampico, como él esperaba, destacase una fuerza considerable para salvar los prisioneros. Al enviar el gobierno los doscientos prisioneros norte-americanos al general D. Francisco Garay, le decia que los tuviese en completa seguridad, procurando negociar el cange de ellos por el del general mejicano D. Rómulo Diaz de la Vega. Al tener noticia el gobernador norte-americano de Tampico de que se hallaban en Huejutla los referidos prisioneros, pasó una nota comedida al general D. Francisco Garay, pidiendo que les dejase en libertad, enviándoles á aquel puerto. El general mejicano contestó con otra nota no menos atenta, manifestando que no podia obsequiar su deseo. Al recibir esta negativa, el gobernador de Tampico se propuso alcanzar por la fuerza lo que no habia logrado conseguir con la indicacion de su nota, y confiado en el estado de debilidad en que se hallaba la línea mejicana para resistir su agresion, dispuso el número de tropas que juzgó suficiente para dar cima á la empresa. Era en la madrugada del 10 de Junio cuando el general D. Francisco Garay recibió un aviso del alcalde de Pánuco, en que le decia, que en aquella villa estaban avistados doscientos cincuenta invasores con dos piezas de artillería que se dirigian á atacarle. Igual aviso recibió, pocas horas despues, del prefecto de Ozuluama con referencia á dos enviados de los pueblos de Tampico el Alto y Pueblo Viejo, participándole que, con efecto, la fuerza invasora mencionada habia pasado el rio en la

1847. tarde del 8, con direccion al cuartel general, con la mira de libertar á los doscientos prisioneros. El general D. Francisco Garay, al ver amenazada su línea por los dos flancos y por mayores fuerzas á las que él podia presentar para resistir el choque, dispuso internar á los prisioneros á la Sierra Madre, custodiados por ochenta infantes de la guardia nacional de los pueblos de Molango y Zacualtipan, del Estado de Méjico, y cuarenta soldados de caballería de los pueblos de Tempoal y Chiconamel, pertenecientes al de Veracruz, providencia que se llevó á efecto inmediatamente. Desprendido de aquella fuerza, el general Garay quedó en Huejutla con solo veintidos soldados de diversos cuerpos del ejército permanente. Ni en Ozuluama, ni en Pánuco, ni en Tantoyuca, ni en ninguno de los demás pueblecillos de la línea, habia en aquellos críticos instantes fuerza militar ninguna, á causa de la completa escasez de recursos de que repetidas veces he hablado. Esta falta de fuerza armada, facilitó á los invasores la marcha por los referidos puntos. El general D. Francisco Garay, con una actividad que le honra, armó á la gente que se presentó voluntariamente á defender la patria, declaró á Huejutla el mismo dia 10, en estado de sitio, se aprovechó de la buena disposicion de los indios para que sacasen en hombros el armamento de fusilería sobrante, las municiones y otros objetos de guerra, así como la artillería desmontada, los archivos de las oficinas y existencias de tabaco y papel sellado, y el 12 de Junio, poniéndose á la cabeza de ciento cincuenta hombres de milicia nacional de la Huasteca, y particularmente de Huejutla, y de los veintidos hombres de línea,

salió de la poblacion para ir al encuentro del enemigo. Como conocedor del terreno, el general Garay quiso aprovecharse de las ventajas de éste, y atravesando el rio de los Ules, que corria en aquellos instantes con gran caudal de agua, se situó en la orilla del llamado del Calabozo. Este sitio creyó que le presentaba las mejores condiciones para detener el paso de los invasores, y, en consecuencia, hizo que se levantaran con toda prontitud, ligeras fortificaciones en dos alturas que dominaban el paso, haciendo algunas talas de árboles, y emboscó una guerrilla en la opuesta orilla del rio, para que, á su debido tiempo, hostilizase por la retaguardia á la fuerza norte-americana. No se terminaba aun de cumplir todas estas disposiciones, cuando se dejó ver la tropa de los Estados-Unidos que marchaba en gran orden y con excesiva cautela. Se componia esta fuerza de cosa de ciento cincuenta hombres, de una seccion de artilleros con un cañon de campaña, y de algunos bagajeros que conducian ochenta mulas con municiones y otros efectos. Los norteamericanos avanzaron silenciosamente hasta la orilla del rio, y poniéndose un capitan al frente de la guerrilla de vanguardia, empezaron á cruzar el rio. Los mejicanos, situados en las dos alturas que mencionadas dejo, se mantuvieron silenciosos, sin disparar un tiro, esperando á que sus contrarios estuviesen próximos á la orilla; y cuando este momento llegó, rompieron un nutrido fuego de fusilería sobre ellos. Los invasores no manifestaron de pronto sorprenderse de aquel ataque; pero al ver caer mortalmente herido al capitan que les mandaba, retrocedieron velozmente, reuniéndose con la reserva que se habia si-